

Los crímenes del Museo del Prado

DRAMATIS PERSONÆ

En orden arbitrario relacionamos los principales personajes y algunos figurantes que intervienen en la historia.

Sebastián Álvarez: Director de la revista *Todos Encantados*.

Mariano Larra: Periodista de la revista *Todos Encantados*.

Fran Kapa: Fotógrafo de la revista *Todos Encantados*.

Benigno Martínez: Redactor jefe de la revista *Todos Encantados*. Perteneció a la hermandad de los Frentes Bendecidas.

Patricio de la Escosura: Escritor. Amigo de Larra.

Ventura de la Vega: Escritor. Amigo de Larra y de Patricio de la Escosura.

Bambú: Criado de Larra.

Luisito Padilla: Estudiante de Biotecnología y Robótica. Comparte buhardilla con Fran Kapa.

Erika Svrasson: Licenciada en Bellas Artes. Natural de Copenhague.

Isaías Pachón: Director del Museo del Prado. Especialista en el Renacimiento.

César Petronio: Presidente del Patronato del Museo del Prado. Escasa sintonía con Pachón.

Yakamoto Ohio: Turista japonés.

Mari Shimizu: Turista japonesa. Esposa de Yakamoto.

Mavi Lacalle: Guía turística de la agencia japonesa Miku-mi Travel.

Horacio Hierbabuena: Jefe del departamento de Pintura del siglo XVIII del Museo del Prado. Tiene un poco de pluma.

Mesalina Sánchez: Conservadora jefe de Pintura Flamenca y Escuelas del Norte del Museo del Prado.

Flober de Pecuchet: Pintor aficionado. Visita con frecuencia la pinacoteca.

Potiers Revertiers: Inspector de policía.

Javier Encausado: Financiero y empresario. Ex concejal de Urbanismo del consistorio madrileño.

Juanita Lucena: Ministra de Cultura.

Isidro Porcel: Psiquiatra. Miembro de la Fundación Amigos del Museo del Prado.

Juan Mochales: Mendigo.

El narrador: Voz que relata la historia.

CAPÍTULO 1

LA EXPOSICIÓN

A LAS DIEZ EN PUNTO SE ABRÍAN LAS PUERTAS.

Desde varias horas antes, centenares de personas rodeaban el edificio. Vistos desde un helicóptero parecían bichitos en hilera. La cola de gente recorría la fachada occidental del museo, traspasaba el Botánico y llegaba casi hasta la Cuesta de Moyano. El espectáculo era muy semejante al que ofrecen las procesionarias del pino.

Una concentración tan silenciosa —escribía el periódico *El Atardecer*— no se había visto en Madrid ni en las épocas de la hambruna y la sopa boba, cuando los pobres se arremolinaban en torno a las casas de caridad.

Primero fue Goya, luego El Greco. Ahora le tocaba el turno a Velázquez.

Se trataba de una exposición “sin precedentes”, destacaron los medios de comunicación. Y es que nunca se consiguió reunir tantos *velázquez* en un mismo edificio. Sevilla, Nueva York, Viena, Rouen, Dallas... Las mejores pinacotecas del mundo se habían volcado con el Museo del Prado. Incluso algunos particulares decidieron alquilar su *velázquez* con el fin de sacarle algún provecho al evento.

Aquella mañana, el periodista Mariano Larra, recientemente galardonado con el Premio Nacional a la mejor “entrevista de combate”, caminaba por la calle de Villanueva. Se encontraba a pocos metros del semanario *Todos Encantados*. Exactamente a cincuenta metros. Sin embargo, recorrerla le costó un triunfo. El periodista Mariano Larra, tremendamente satisfecho con su premio, decidió que el galardón le permitía tomárselo con calma. “Si eres genial, sé impuntual”, pensó.

Mariano Larra, aquella mañana, se sentía genial y un poco extravagante. De ahí que tardara tres cuartos de hora en transitar la mencionada calle. Se paraba en un anticuario, fantaseaba sobre lo que compraría si tuviese dinero, se detenía en los escaparates, escuchaba el gorjeo de los gorriones, se fijaba en los traseros de las mujeres y en su inefable caminar. El runrún de su cerebro le llevó a preguntarse: “¿Por qué las mujeres utilizarán tacones?” Y, a continuación, aventuró una respuesta: “Para comunicarle a la sociedad que se encuentran sexualmente aptas”.

En un portal vio a un empleado de fincas urbanas. Iba vestido con un mono azul. El empleado podaba unos arbustos. Mariano Larra le dio los buenos días y preguntó por la marca del alicate.

—Wolf —respondió el portero.

A Mariano Larra le atraían las conversaciones furtivas. En los momentos de felicidad gustaba de preguntar enigmas cuya respuesta ni le iba ni le venía. Tras la pregunta se interesó por el alimento de los arbustos. Le dijo al portero si los abonaba.

—Hay que hacerlo, aunque más adelante; hacia principios de marzo.

El portero, que rondaba los sesenta años, intentó invitarle a un café en el bar Julepe, pero ya era demasiado. Los humanos, en general, más allá de los cinco minutos, le cansaban.

Su especialidad en “entrevistas de combate” le impelía a pararse delante de la gente y preguntar. Planteaba cuestiones peregrinas. A veces absurdas. La gente, sin embargo, le respondía con educación.

Al llegar al cruce con la calle de Núñez de Balboa giró a la derecha, recorrió unos metros, bajó por la calle de Jorge Juan y se introdujo en un portal. Allí, en la cuarta planta, estaba situada la redacción.

Mariano Larra subió por las escaleras —le tenía respeto a los ascensores—, insertó una tarjeta por una ranura y abrió la puerta. Saludó a Faustino Gutiérrez —guardia de seguridad—, anduvo unos pasos y se acercó hasta su mesa de trabajo.

—¡Buenos días! —voceó a los cuatro vientos.

Varios redactores de mesa, las cabezas agachadas, leían en esos momentos la prensa.

—No me contestéis todos a la vez.

Él también era un redactor de mesa, pero un redactor que, a los veintisiete años, había conseguido uno de los premios más importantes del país. Es decir, era un redactor de mesa, pero de mesa de caoba.

—El director quiere verte —le espetó el redactor jefe.

—¿Para qué? —preguntó Larra mientras colgaba su levita en una percha.

—Me parece que tenéis que hacer un reportaje en el Museo del Prado.

—¿Tenéis?

—Tú y el fotógrafo.

—Ah, sí —respondió Larra, cuya virtud no era precisamente la rapidez de reflejos.

El despacho de Sebastián Álvarez —director del dominical *Todos Encantados*— se encontraba al fondo del pasillo.

Sebastián Álvarez, bigote turco, barriga cervecera y nalgas flan potax, estaba encajado en su sillón de cuero.

—¿Qué tal? —preguntó en tono cariñoso.

—Psche.

El director examinó el semblante de su pupilo.

—No pareces muy contento por el premio.

—Sí; sí estoy contento —le respondió con afectada indiferencia.

Sebastián Álvarez, cuarenta y cinco años, camisa de popelín y pajarita de lunares, era una persona volcada en su trabajo. Un hiperactivo que le dedicaba a la revista catorce horas al día, más fines de semana y fiestas de guardar. Los lunes llegaba a la redacción con un inmenso fardo de periódicos recortados: nacionales, regionales y extranjeros. A Mariano Larra, cuya aversión por la actualidad constituía uno de sus más admirables atributos, le asombraban las torres de papel de periódico que había apiladas en su mesa.

Sebastián Álvarez se desencajó del sillón y anduvo deambulando por el entarimado. De repente cogió un marco situado sobre la mesa.

—¿Sabes quién es ésta?

Larra le miró confuso.

—Sí, su esposa.

—¿Sabes qué me pide mi esposa?

—¿Pedirle...?

—Sí... ¿Qué piensas tú que me pide a mí mi esposa por las noches?

Mariano Larra desvió la mirada hacia el fondo del despacho. No sabía qué responder.

—¿No lo sabes?

Mariano Larra permaneció mudo.

—¿Me pide que la monte...! ¡Todas las noches me pide que la monte! ¿Qué te parece?

Larra se ruborizó.

—¿No consideras una anomalía y un atropello que tu mujer te exija todas las noches que la montes?!

Larra, por unos momentos, quiso esconderse debajo de la silla.

Se produjo un incómodo silencio.

—¡Pero di algo! —apremió el director sujetando con fuerza el marco de la fotografía.

Larra intentó serenarse. Se cruzó de piernas.

—Pues sí... La verdad es que podía tener un detalle. Quizá debería recapacitar y ayudarle a recortar periódicos.

—¡Ayudarme ésa...!! —reaccionó con virulencia—. ¡¡Me ve hasta arriba!! ¡¡Ve que me asfixia la información y ¿qué crees que hace?!!

—No sé.

—¡¡Pues coge los potingues y se pinta las uñas de los pies!! ¡Eso hace!

Álvarez se secó el sudor con un pañuelo.

A Larra le molestaban las salidas intempestivas de su director. Aunque tenía confianza con él, el joven reportero no se fiaba de una persona que hablaba con tanta ligereza de su intimidad. La mujer, efectivamente, era un bidón de grasa, pero él tampoco le iba a la zaga.

—¿Has visto la cola que se ha formado en el Prado? —cambió radicalmente de conversación.

—Lo he escuchado por la radio.

—He estado pensándolo y vamos a hacer un gran reportaje. Para ello hay que hablar con esa gente que aguanta mecha durante horas, preguntarles por qué ese entusiasmo repentino por Velázquez. Hay que ir a la parte sociológica y sacar a flote el comportamiento robotizado del ser humano. Pero hay que contarlo con elegancia. Tampoco vamos a arremeter contra el pueblo porque el pueblo es quien nos compra la revista, y si tú arremetes contra el pueblo y le llamas autómeta y descerebrado, pues no te compra la revista. ¿Me entiendes? El pueblo es amorfo, es ciego y camina por la vida como si la vida fuese una cuerda de presos, pero el pueblo merece toda nuestra consideración. ¿Me entiendes, verdad?

—Perfectamente.

Álvarez se sonó la nariz. Añadió:

—El pueblo es el respetable público, los ciudadanos, los contribuyentes, la soberanía popular y todas esas bellas frases que les ilusionan y les invitan a acercarse a los quioscos. ¿Lo tenemos claro, Larra?

—Clarísimo.

Prosiguió:

—Vamos a dar varios golpes en tres o cuatro entregas. No más. Creo que el acontecimiento lo merece. Buenas fotografías, buenos textos y mucho *glamour*. Sobre todo que haya *glamour*.

Un señor picado de viruelas no nos valdría para la portada. En cambio, una señora con pamea observando con un mohín de fastidio al bufón Calabacillas, podría valer. ¿Me explico?

—Perfectamente.

Sebastián Álvarez apoyó el codo en una de las estanterías.

—¿Ha venido el fotógrafo?

—Creo que no —respondió Larra mientras hojeaba distraídamente el catálogo de la exposición.

—Cuando venga le dices que quiero verle.

Le alargó un puro.

—Toma. Por el premio.

—No fumo puros.

—Pues guárdalo y, cuando fumes puros, lo enciendes.

—De acuerdo.

Le dio una palmada en el hombro invitándole a levantarse de la silla.

—En cuanto aparezca el fotógrafo, que me vea.

Ya en el pasillo, Larra se giró bruscamente. Le llamaba de nuevo el director.

Se acercaron el uno hacia el otro.

—Digo que si no encontramos a una señora con pamea ¿podríamos convencer a alguna espontánea para que se ponga una?

—Sí, supongo que sí —respondió Larra, quien tenía por norma no discutir ninguna de las sugerencias de su patrón—.

De todas maneras coméntaselo al fotógrafo. Al fin y al cabo el responsable de la parte gráfica es él.

Sebastián Álvarez le cogió amistosamente por los hombros.

—Te voy a confesar un secreto.

El periodista se puso en guardia. Temía más que a un nublado los secretos de su director.

—Mira, cuando entré a trabajar en este oficio, mi jefe, que era más listo que los ratones coloraos, me señaló la antena de un edificio de quince pisos que teníamos enfrente. Me dijo: “La profesión de periodista consiste en que el director diga: ‘Bájame ese pajarillo herido que está subido encima de aquella antena’. El cometido del periodista consiste en que, a la media hora, el pajarillo esté en manos del director...”. ¿Comprendes?

—Más o menos.

Sebastián Álvarez miró hacia los abultados ojos de su interlocutor. Agregó: —El director nunca pregunta al periodista cómo consiguió atrapar a su presa. Y el periodista jamás revela sus métodos. ¿Me explico, Larra?

—Como un libro abierto.

—Capturemos, entonces, a la señora de la pamelita.

Larra penetró con un dedo en la prominente barriga de Álvarez. El dedo quedó atrapado en el tejido adiposo y salió despedido hacia afuera.

—No lo dude.

—Así me gusta. Que seas rotundo.

CAPÍTULO 2

LOS PROTAGONISTAS

CON VEINTISIETE AÑOS Y UNO SESENTA y un metro de estatura, Mariano Larra era una persona de aspecto frágil y expresión desvalida. Hijo de un médico que emigró a Francia por cuestiones políticas, la vida del muchacho había sido la de un superviviente. Huérfano de patria a los cuatro años, se había criado entre una madre infantil, tías insalubres y parientes de escaso recorrido. Poco lector, pero muy observador, Larra era un misógino que necesitaba creer en el amor, un misántropo que necesitaba del reconocimiento de los demás y un periodista que no creía en el periodismo. Es decir, un hombre en permanente combate consigo mismo.

Estaba separado y tenía dos vástagos reconocidos. A su tercera hija, Baldomera, la ignoraba. Sostenía con altivez que no era suya. Su esposa, en jarras, le imprecaba: “Entonces ¿de quién es?, ¿de Perico el de los palotes?”. Desde hacía un tiempo, el periodista bebía los vientos por una señorita de la alta sociedad llamada Dolores.

Al incorporarse de nuevo a la redacción, vio al fotógrafo, Fran Kapa, de treinta y cinco años. Estaba ordenando el material de su mochila sobre una mesa. Aunque había nacido en Hungría se expresaba con unos modismos propios del barrio de la Arganzuela. Moreno, de complexión fuerte, ojos negros y labios carnosos, Kapa era un vividor con un enorme éxito entre las mujeres.

—¡No toques!

Larra intentaba coger uno de los objetivos de la Leica, pero Kapa se lo impidió. En la mochila llevaba material —según aseguraba— por valor de más de un millón de pesetas. Además de la Leica acarreaba una Nikon, varios objetivos, decenas de carretes y un “paraguas” plegable para controlar el *flash*. Este cargamento lo pasaportaba al hombro con la misma naturalidad con la que un *gentleman* se coloca el sombrero. La mochila le hacía sentirse seguro. Era su arma —y su refugio— contra un mundo que juzgaba hostil.

Larra le comunicó que el director quería verle.

Kapa entró en el despacho de Sebastián Álvarez y a los tres minutos de reloj estaba de vuelta.

—¿Qué te ha dicho?

—Museo del Prado. Fotos bonitas, grandes y *glamourosas*.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Impresionante —sonrió el periodista.

—¿Hablaste tú con él?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—*Glamour*.... Quintales y quintales de *glamour*.

—O sea, un reportaje para ganar el Pulitzer —ironizó el fotógrafo.

—Como poco.

Kapa se palpó su chaleco multibolsillos. Extrajo una cajetilla de Celtas y el Zippo. Cogió un cigarro, lo prendió de los labios, escupió una hebra y lo encendió con una gran llamarada.

—¿Pensamos? —sugirió Larra.

—Qué remedio.

Los dos reporteros del dominical *Todos Encantados* se dirigieron a una sala donde el consejo de administración mantenía sus reuniones semanales. Abrieron con precaución. No había nadie. Almohadillaron los pasos y se sentaron en uno de los extremos de una formidable mesa de nogal.

—Aquí no escupas —ordenó Larra.

—¡Por qué iba a escupir! —se enfadó el otro.

—Por si acaso.

El periodista encendió uno de los cigarrillos egipcios de boquilla dorada que su padre le enviaba regularmente desde París.

Kapa le observó, la mano apoyada en la mejilla.

—¿Por qué fumas gilipolleces?

—Me gusta fumar gilipolleces —abrió un voluminoso cuaderno de anillas, cogió un rotulador azul y comenzó a garabatear ideas.

—Éste es el Museo del Prado. La cola viene por aquí, rodea el edificio y se prolonga hasta la Cuesta de Moyano. Lo primero que nos quitamos de encima —si te parece— es la carnaza que pide el jefe. Es decir, las entrevistas a los paisanos. Mitad hombres, mitad mujeres.

—¿Mitad hombres y mitad mujeres?

—Sí. Mitad y mitad.

—¿Por qué mitad hombres y mitad mujeres?

—Porque sí.

—¿Por güevos tiene que ser mitad y mitad?

—Bueno, casi mejor más mujeres que hombres.

—¿Por qué?

—¿Tú estás ciego? ¿No te has fijado en la televisión?

El fotógrafo acogió la supuesta obvedad entornando los ojos y expulsando el humo por la nariz.

—Siempre que hay un incendio, una explosión de una bombona de butano o alguien que se tira por la ventana, apare-

ce una señora contándolo. Las mujeres, a la hora de los detalles, dan mucho más juego que los hombres.

—Eso es verdad. Lo viven.

—No lo viven: lo disfrutan.

—Pudiera ser —rió Kapa la salida de su compañero. El fotógrafo le propinó una ligera toba al *celtas* para que la ceniza cayera sobre la moqueta. A continuación alzó sus pobladas cejas.

—¿Vas a inventarte el reportaje?

Larra palpó el orgulloso mechón que se erguía sobre su frente. Dijo:

—Ya veremos.

Se apretó la lazada de la chalina.

—Si lo que veo resulta insulso habrá que hacer una faena de aliño. Tú con las fotos tampoco te cortas un pelo.

—Hombre, no es lo mismo...

—¿No es lo mismo? Acuérdate de Coimbra, cuando colocamos a aquellos dos en una casa colgante para que se dieran un beso en medio de una lluvia torrencial.

—Fue un fotón. Y lo más curioso es que no eran pareja.

—Seguramente les hicimos un favor.

—Al dire le entusiasmó —dijo el fotógrafo—. ¡Esto es *glamour*! ¡Esto es *glamour*!, gritaba el muy capullo.

Larra dio una profunda calada a su cigarrillo egipcio y clavó la mirada en la de su compañero.

—¿Cómo reaccionaría la gente si le pusieran delante, una detrás de otra, las manipulaciones que se hacen con lo que ven, leen y escuchan?

Los dos contertulios apuraron sus cigarros.

—No reaccionarían —se contestó a sí mismo el periodista—. Les daría igual. Y ¿sabes por qué? Porque la gente, lo que desea, es no pensar.

—¿Tú crees?

—Sí. Pensar duele.

Larra se pasó los dedos por su romántico tupé.

—Nadie desea verse —continuó—. Por eso se inventaron la publicidad, las metáforas y la cultura. Se trata de que la evidencia no nos alcance.

Kapa recapacitó durante unos instantes las palabras de su compañero. Luego señaló el cuaderno:

—Al grano —decretó.

Larra cogió el rotulador azul y continuó trazando líneas.

—¿Sabes quién es Vulcano?

El fotógrafo movió negativamente la cabeza.

—*La fragua de Vulcano* es un cuadro de Velázquez, uno de los seis cuadros mitológicos que hay en la exposición. Sólo hay seis que traten este asunto. No me mires así porque yo tampoco sabía quién era Vulcano. Lo he visto casualmente en el catálogo que tiene el director en su despacho. Bien. La pregunta es: si tú y yo, que tenemos una cultura apañada, no sabemos quién

es Vulcano, ¿cuántas personas de las que visitan el Prado lo saben?

Larra esperó la respuesta del fotógrafo. Éste abría y cerraba el Zippo con movimientos rítmicos y un poco molestos

—¿Un uno por ciento? ¿Un uno coma tres por ciento?

—¿A dónde quieres llegar?

—Podríamos reproducir los seis cuadros mitológicos y explicar qué ocurre en esas escenas.

Kapa reflexionó la sugerencia. De repente dio un bote en la silla.

—¡Sí, señor! ¡A eso se le llama tener bombilla! —le propinó un golpe en el pecho que casi le tira para atrás.

Chascó con la palma de una mano los nudillos de la otra.

—¡Una doble página! ¡Tres cuadros en página par y otros tres en impar! —se entusiasmó Fran Kapa, para quien la vida sólo tenía sentido cuando se la podía reducir a unas cuantas instantáneas.

—¿Cómo son? —preguntó.

—¿Cómo son, qué?

—Los cuadros, ¿horizontales o verticales?

Larra hizo un esfuerzo para visualizarlos.

—No me acuerdo.

Se incorporó del asiento.

—Espera. Voy a por el catálogo —salió apresurado de la sala.

El fotógrafo, entre tanto, diseñó en el cuaderno la puesta en página de los lienzos, a los que habría que humanizar con una o varias personas a su alrededor.

Los dos compañeros juntaron las sillas para comentar mejor las ilustraciones.

—Observa —indicó el periodista—, aquí está *La fragua de Vulcano*.

—¿Cuál de ellos es Vulcano?

—El de enfrente.

—Tiene gesto de cabreo.

—No es para menos —dijo Larra mientras leía en voz alta un pasaje impreso en el catálogo—: “El cuadro muestra el preciso instante en que Apolo anuncia a Vulcano, dios del fuego, que Venus le está engañando con Marte. Todos los personajes de la escena quedan sorprendidos ante la singular noticia”.

Kapa acercó los ojos a la lámina

—¿Lo pillas? —le dio un codazo.

El periodista le miró al bies.

—¿No capiscas por qué Venus le puso los cuernos?

Larra se desorientó con la pregunta.

—Vulcano era cojo, ¿no? Lo dice ahí. Pues ésa es la clave.

—Explícate —rogó el periodista.

—Las mujeres no soportan los defectos físicos. Un hombre moralmente depravado puede ser una bomba erótica, pero ¿qué encanto tiene la cojera de un cojo?

Larra se fijó en el cuadro.

—Puede que tengas razón —anotó el comentario de Kapa en su bloc de apuntes silvestres—. Mi admirado Stendhal decía que el amor es el afán de engendrar en la belleza. Pero se refería tanto a ellas como a ellos.

Continuaron pasando páginas.

—Aquí está *Mercurio y Argos*.

—¿Qué hace una vaca ahí detrás? —preguntó Kapa.

—Veamos qué dice el texto.

Larra leyó el pasaje:

—Zeus, dios del universo, se había enamorado de Io, una mujer bellísima. Para que nadie se la robe la convierte en una vaca.

—Un tipo listo. Eso mismo podías hacer tú con Dolores. ¿Que alguien le guiña un ojo?, vas y la conviertes en un ternero. ¿Que alguien le lanza un piropo?, la conviertes en avestruz. Luego, en casa, la transformas de nuevo en persona. O en aparador. Según las necesidades.

Aparentando no escucharle, continuaron viendo estampas.

“La mitología y las religiones sólo han servido para sentirnos enemigos de quienes tienen otras creencias”, reflexionó Larra para su costilla. “Han conseguido muchos triunfos, excepto el principal: el de amarnos los unos a los otros”.

Casi dos horas les llevó la planificación del reportaje.

Al final decidieron que en página par, o sea, a la izquierda, irían *Mercurio y Argos*, *Marte*, y *Las hilanderas*. En página impar *La Venus del espejo*, *La fragua de Vulcano* y *El triunfo de Baco*.

—¡Por cierto, se me olvidaba! —advirtió Larra—. El director quiere una fotografía de una señora con pamelita junto al cuadro del bufón Calabacillas. Dice que podría ser la apertura. ¿Te ha dicho a ti algo?

—No —le cambió el semblante—. Ya sabes que los fotógrafos, para don Sebastián Álvarez, somos personas con el encefalograma plano.

—¿Tú pondrías esa foto de apertura?

—¡Psche! Tendría que verla —contestó de mala gana.

Tras dar los últimos retoques a la planificación, se levantaron y salieron de la sala. El periodista retrocedió y abrió la ventana para que corriera el aire.

Entraron en la redacción y recogieron los bártulos. El redactor jefe, Benigno Martínez, hablaba por teléfono. Lo hacía muy bajito, tapándose la boca con la mano.

Larra se fijó en sus manos: eran de piel lavada, con los dedos en forma de espátula, extremadamente cuidadas.

—Bueno, ¿qué?, ¿nos vamos? —propuso.

—Arreando —respondió el fotógrafo.

CAPÍTULO 3

CAMINO DEL PRADO

MARIANO LARRA VIVÍA EN EL NÚMERO TRES de la calle de Santa Clara, segundo piso exterior, adornado con tres espectaculares balcones de rejería. La calle, en pendiente, quedaba a un costado del Teatro Real, cerca de la plaza de Ramales.

Larra alquiló el piso después de separarse de su esposa, Pepita Wetoret, una mujer bastante simple que no mostraba otras inquietudes que no fueran las domésticas. “La culpa de que los matrimonios fracasen —pensaba— la tiene la comunicación: hay demasiada”.

Con una cabeza tan cáustica resultaba difícil ser feliz. Larra proyectaba sobre el mundo sus frustraciones personales, con lo cual era injusto con el mundo y probablemente consigo

mismo. Larra no había nacido para estar casado, pero tampoco para permanecer soltero. Decía estar enamorado locamente de Dolores, cuando sólo estaba enamorado de sí mismo. Dolores era una señorita de tez blanca y ojos intensamente azules. Una de esas criaturas cuyo máximo atractivo radica en su coquetería y en sus permanentes dudas.

Se había casado —casi de niña— con un militar de graduación. El militar andaba siempre metido en alguna guerra, o saliendo de ella, y la niña se aburría. Mujer guapa y coqueta son dos atributos que pueden ser letales si caminan juntos. Y ¿cuándo no caminan juntos?

Dolores y Larra se habían conocido en uno de los salones donde las clases distinguidas celebran sus encuentros sociales y literarios. A ella, el hecho de tener un pantalón detrás le hacía sentirse mujer. De Larra le cautivaba su extraordinaria lucidez, una lucidez tan contundente (hacia los demás y hacia sí mismo) que a veces rayaba en la obscenidad psicológica. Por lo demás, su aspecto de hombre que sólo se alimenta de adjetivos y su metro sesenta y uno de estatura le dejaban más bien fría. Nunca se sintió desarmada ante él.

Fran Kapa representaba el contrapunto. El fotógrafo había alquilado con un amigo —estudiante de Biotecnología— una buhardilla en la calle de las Huertas, una zona alegre y bullanguera, pues el alcalde Manzanos, en un raptó de inspiración, había ordenado rehabilitar edificios muy antiguos y había trans-

formado la rutina diurna en un canto a las transgresiones nocturnas.

Kapa era un hombre astuto, vividor, jueguista y, ante todo, práctico. Por eso no entendía a su amigo. No comprendía que se pudiera atormentar por una mujer. “Las mujeres, cuando no mienten, se sienten indefensas”, le repetía una y otra vez. Y a renglón seguido: “En el momento que Dolores se rindiera a tus pies se desvanecería la imagen que tú solito te has forjado de ella”. No contento con desbaratarle los esquemas, avanzaba para destrozar al muñeco: “¡Consuélate, hombre, que las mujeres que no se consiguen son siempre las más interesantes!”.

Reconcentrado en sí mismo, Larra le escuchaba, pero no solía entrar al trapo.

Kapa y Luisito Padilla —su compañero de piso— organizaban algunas noches fiestas ruidosas y delirantes que escandalizaban a los vecinos. La buhardilla era espaciosa: tenía cinco habitaciones, más el salón, la cocina y dos cuartos de baño. Para poder pagar el alquiler la anunciaban en los periódicos:

“Preciosa buhardilla situada en el Barrio de las Letras. Sólo chicas. Preferiblemente estudiantes”.

Normalmente tenían a una, a dos, o incluso a tres, viviendo con ellos. Por un módico precio subarrendaban los dormitorios. Las inquilinas disfrutaban de derecho a cama, baño y cocina. “Si guisáis para vosotras, ya podíais añadir un puñadito más de arroz”, les decía Luisito Padilla, más alto que Kapa, aunque no tan corpulento como él.

Desde su intransigente cerebro, Larra criticaba la vida licenciosa de estos dos *bon vivant*. “Para ti una mujer es sólo orografía”, le reprochaba Larra al fotógrafo. “Y para ti es sólo ortografía”, le respondía Kapa, a quien a mala uva no le ganaba nadie.

Los dos colegas se habían citado en la redacción a las diez de la mañana. Tras cruzar cuatro palabras con el director y recibir las últimas recomendaciones, bajaron por la escalera, subieron por la calle Jorge Juan, doblaron hacia Núñez de Balboa y entraron en el bar Julepe.

Mientras tomaban un café, Kapa le pidió a Larra que le acompañase hasta la estatua de Espartero, junto al Retiro.

—¿Qué quieres hacer?

—Un primer plano de los cojones del caballo.

Larra giró la cabeza y dejó la taza de café suspendida en el aire.

El fotógrafo trató de explicárselo:

—Es para una revista holandesa. Están haciendo un reportaje sobre los mitos y tópicos españoles. Uno de ellos es ese dicho de “los tiene como el caballo de Espartero”. Quieren que lo compruebe. Saber si responde a la realidad.

El plumilla y el reportero gráfico subieron por la calle de Alcalá. A los pocos minutos estaban situados enfrente de la estatua ecuestre de Baldomero Espartero. Kapa miró a uno y otro lado de la vía, por comprobar si venía algún coche. Al cercio-

rarse de que ni Blas, cruzó raudo. Una vez situado debajo del caballo descargó la mochila en el césped y miró hacia arriba.

—¿Cómo los tiene?! —preguntó Larra desde la otra orilla.

—¡Grandes! —gritó Kapa—. ¡Aunque dado el tamaño del caballo tampoco es para tanto!

El fotógrafo desplegó el trípode, preparó la Leica y se puso a disparar. Larra se sentó en el bordillo de la acera.

Si bien la temperatura era más bien fría, hacía una mañana soleada. Es más: el sol, si uno se quedaba quieto, picaba.

Cumplido el cometido, los dos reporteros enfilaron calle abajo. Dejaron a la derecha la Puerta de Alcalá y tomaron la avenida de Alfonso XII.

Larra vio pasar un Mercedes con un chófer uniformado al volante.

“Provocar envidia o padecerla. Ésa es la cuestión”, pensó.

El circuito neurovegetativo de Larra saltó, de repente, a las últimas novedades tecnológicas. Le fastidiaban las personas que hablaban continuamente de novedades tecnológicas. Tampoco soportaba a los que contaban chistes.

Se quedó observando la caída de una hoja.

“Hay gente que sólo se alimenta de actualidad. ¡Mira tú, la actualidad, esa prostituta que se devora a sí misma!”, meditó.

Kapa, de naturaleza parlanchina, pronunciaba de cuando en cuando algún comentario. Harto de no recibir respuesta, subió el diapasón. Dijo áspero:

—Caminar contigo y caminar con nadie es lo mismo.

—¿Por qué?

—Estás siempre en la inopia... Pareces autista.

El periodista observó a una mujer asomarse al balcón.

—Sí. Soy un poco autista.

Continuaron calle adelante.

Serios y en silencio bajaron por la calle de Montalbán y giraron hacia Ruiz de Alarcón.

A la altura de Felipe IV discurrió:

“Cuando un futbolista marca un gol de penalti con un pelotazo por la escuadra su reacción es dar saltos. ¿Por qué? Porque acaba de humillar a un portero y a los forofos de ese equipo. Pero si el portero, en vez de ser una persona fuese un lagarto, desaparecería el gozo, se desvanecería el encanto. Se trata de fusilar a un semejante con una pelota, que es un sucedáneo de fusilarle en el paredón, pero, claro, menos da una piedra”.

Al pasar junto a la iglesia de San Jerónimo el Real, Kapa reparó en que había una boda.

—¡Quieto! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —descendió Larra a ras de tierra.

—¡Ahí hay un reportaje!

CAPÍTULO 4

UNA BODA DE POSTÍN

LA IGLESIA DE LOS JERÓNIMOS se disponía a celebrar una boda de alto copete. Ellas lucían imponentes vestidos de telas rojas, de telas verdes, de telas malvas, a veces livianos, las más apretando mallas y cartucheras. También se enjaezaban con mantillas y peinetas, y bolsos, bolsitos y bolsines, y tacones de espina que las obligaban a mantenerse en un incómodo e inestable equilibrio.

Sus sonrisas de plástico eran un homenaje a la artificiosidad.

—¡Ay, guapina, cuánto tiempo sin verte...! ¡Bueno, bueno, bueno..., pero déjame que te vea!

Los labios y los ojos, subrayados en exceso, parecían querer emanciparse del rostro. Collares y pendientes colgaban de todo tipo de carnes: tersas, arrugadas, estriadas, fofas, tumefactas, taquicárdicas.

Ellos, con sus trajes recién planchados, se movían inquietos, como si en vez de sentirse dentro de un traje se sintieran dentro de una escafandra. Brazos rígidos, cuellos en garrotillo y pantalones con una cuarta más largos de lo debido, parecían seres inarticulados. La sonrisa —algo menos espectacular que la de ellas— resultaba igualmente apuntalada.

“¿Por qué en las bodas se disfrazará la gente?”, caviló Larra. “Se disfrazan el cuerpo y, lo que es más asombroso, se disfrazan el alma”.

El fotógrafo se acercó al grupo y comenzó a disparar la Leica sin ningún recato. Kapa, un auténtico depredador del comportamiento humano, enfocaba de cerca, buscando el detalle. Fotografió peinados y pamelas (por delante, por detrás y de perfil), manos y cuellos (para que se apreciaran las joyas, los bolsitos y los bolsines), caderas, espaldas, clavículas, muslos, tripas y zapatos, muchos zapatos con tacones de aguja y de espina.

Hubo un momento en que se lanzó al suelo y comenzó a disparar adoptando complicados escorzos. Los invitados creían que era el fotógrafo oficial, pero hubo un momento en que su descaro comenzó a provocar resquemor.

—¿Es usted el fotógrafo de la boda? —se acercó un señor vestido de capitán de artillería.

Kapa, desde el suelo, sin pronunciar palabra, sacó del bolsillo su carné de reportero gráfico.

—¿Tiene usted permiso para hacer estas fotografías? —perseveró el militar de puntiagudos mostachos.

—Soy amigo de la novia —contestó resolutivo—. Me pidió que hiciera algo que se saliera de la rutina.

El capitán de artillería miró a un lado y a otro. La novia no había llegado. El novio tampoco.

Larra, apoyado en una esquina, acababa de encender uno de sus cigarrillos de boquilla dorada.

Kapa y el capitán de artillería intercambiaron unas cuantas palabras. Larra, desde lejos, presenciaba la escena.

Se acercó el fotógrafo, la expresión festiva.

—Están con la mosca detrás de la oreja.

—Ya me he dado cuenta.

—Se me ocurren dos tipos de reportajes —propuso Kapa sentándose en uno de los guardalados del atrio.

Larra fijó la atención en una cacatúa. Hablaba animadamente con un pellejo y un lifting. “Frutas del país: cargadas con tantos años como vicios”.

—Uno sería con *glamour*...—sonrió Kapa, ajeno a que su compañero estaba en sus pensamientos.

—¿Por ejemplo? —preguntó el periodista sin dejar de observar a las señoras.

—¡Imagínate una doble página! —abrió sus grandes manos—. Maquetamos zapatos, tobillos, caderas, escotes, peina-

dos, bolsos, pamelas, pero en varias secuencias, en diferentes cortes; es decir, que se vea que pertenecen a la misma persona, pero esa persona aparecería troceada... ¿Carburas?

—Carburo.

—Mostraríamos cómo van combinadas. Y la diferencia que hay entre unas y otras.

—Sí; ese tipo de saberes inútiles les chiflan a las mujeres.

Dio una calada a su cigarrillo egipcio.

—¿Y el otro?

—¿El otro, qué?

—El otro reportaje.

Kapa divisó a lo lejos el coche de la novia.

—Pues el otro podría ser...

El fotógrafo siguió con la vista el recorrido del automóvil, un Jaguar descapotable con los asientos tapizados de cuero.

—¡Qué carro, tú!

—¿Dónde lo publicaríamos? —preguntó Larra, indiferente a los estímulos de su amigo.

—En *People Jun*, la revista holandesa de la que te hablé —respondió mecánicamente, pues seguía atento a las evoluciones del Jaguar.

Kapa se incorporó y, con pasos apresurados, serpenteó por entre los invitados hasta ponerse a tiro de la novia. Allí comenzó a disparar desde todos los ángulos. El fotógrafo sonrió —sonreía muy bien—, y la afortunada —un poco dentona— le devolvió la sonrisa.

—Estás preciosa —le dijo elevando la voz. Ella, aturdida, respondió con un tímido “gracias”.

“Donde esté una viuda con medias negras que se quiten todas las novias vestidas de blanco”, dijo para su Leica.

El capitán de artillería no perdía detalle de la complicidad que existía entre el fotógrafo y la novia. Un hombre vestido de pingüino se acercó hasta el capitán y le preguntó la hora.

—Tres minutos para las doce —respondió el uniforme.

Entre tanto, Larra se había aproximado hasta la posición de las tres señoras. Estuvo un rato escuchándolas. Le llamó la atención una frase que le dijo la cacatúa al lifting.

—Sí, monina, hay hombres que se casan con legañas.

Le gustó tanto que, inmediatamente, la anotó en su bloc de apuntes silvestres.

Kapa subió a grandes zancadas por la escalinata y se acercó hasta donde se encontraba su amigo.

—Cuando quieras nos vamos —sugirió mientras recogía los trastos que tenía desperdigados por el suelo.

—Se me ha ocurrido —apuró Larra— que el otro reportaje podría consistir en fotografías de la boda con un sucinto pie de página. Algo similar a lo que hizo Goya en sus aguafuertes.

—A ver, a ver... —dijo Kapa, a quien las consideraciones filosóficas de su amigo le ponían en alerta.

—Por ejemplo, el vejestorio ese enjoyado que estaba hablando con las otras dos matusalenas. Podríamos reproducir su

imagen y al lado un pie que diga: “La muerte pelona hablando con sus amigas”.

Kapa frunció el ceño.

—¿Tú estás mal de la azotea?

—¿Por qué?

—La vejez no es un pecado. A ti también te tocará.

—No creo.

Vestido con capa de doble embozo, levita azul con solapas de terciopelo, puños de blonda y corbata de lazo, Larra parecía un personaje de otro tiempo. Insistió:

—Imagínate a la señora de la pameleta amarilla, la que lleva cuatro kilos de maquillaje. Ponemos: “Una máscara esperando a Godot”... O: “Todo el año es carnaval”.

El periodista aplastó la colilla contra la piedra.

—Imagina, ahora, un primer plano de los pies de los señores, a quienes les sobran varios centímetros en los bajos del pantalón. Ponemos: “¿No tienen una esposa que se fije en ellos?”.

La expresión de Kapa se tornó desafiante:

—¿Por qué no te ponemos a ti? ¿Te has mirado alguna vez al espejo?

—¿No te gusta mi propuesta?

—No.

—Bueno... Pues si no te gusta qué le vamos a hacer. Otra vez será.

La distancia que separaba la indumentaria de ambos era exactamente la de un siglo.

Kapa, barba de tres días (o de cuatro), vestía de forma desaliñada. Por arriba, jersey negro de cremallera y chaleco multi-bolsillos. Por debajo, pantalón de pana (que pedía a gritos una lavadora), zapatillas de correr y calcetines con sendos tomates en el dedo gordo. Todo su cuerpo, en general, clamaba por una ducha con espumoso gel.

Larra, en cambio, era el atildamiento personificado. Camisa de encaje minuciosamente planchada, levita cortada por su sastre Utrilla, pantalón gris perla y botines de cabritilla perfectamente lustrados. La barba la llevaba en punta. El pelo, oscuro y aplastado, mostraba un exagerado tupé en lo alto de la frente. Al salir de casa se perfumaba con agua de colonia Vetiver.

Si Kapa era un terremoto, una indomable fuerza de la naturaleza, Larra se encontraba en un punto intermedio entre el dandi de Trafalgar Square y el español bajito y lleno de rencor que almacena en un cajetín de la cabeza todas las ofensas que le hacen. Por eso, en ocasiones, podía resultar de lo más intemperante.

Al cruzar por delante del hotel Desfalcator, el periodista se acordó del día que entrevistó a Jorge Maftausen. Estuvieron en la terraza. Maftausen pidió una coca cola y él un té con limón. Al final de la entrevista dijo Larra:

—Sería un honor para mí poder invitarle.

El laureado escritor asintió con la cabeza. Larra pidió la cuenta al camarero. Éste, al cabo de unos minutos, le trajo un *ticket*. El periodista miró la cifra: mil novecientas pesetas. Des-

enroscó su estilográfica y escribió a la vuelta del papel: “A robar a Sierra Morena”.

—Se lo entrega, por favor, al director del establecimiento —le comunicó al camarero.

—Voy a ver si está —contestó, diligente, el empleado.

Situados enfrente del Desfalcator, Kapa y Larra permanecieron unos segundos observando el espectáculo.

Una hidra humana abrazaba las fachadas norte y oeste del museo. La maraña se prolongaba más allá de las Cuatro Fuentes y el Botánico, de tal manera que las últimas ramificaciones no se acertaban a ver desde el hotel.

—¿Por dónde empezamos? —se desinfló el fotógrafo.

Prolongada pausa sin respuesta.

—Pregunto que por dónde empezamos...

El periodista le miró de hito en hito.

—Por el principio. Siempre hay que comenzar por el principio —respondió Larra, quien tenía ligeramente amoscado a su compañero de fatigas.